

LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO

AÑO VII

BARCELONA, 16 DE JULIO DE 1896

NÚM. 295

ROMEO Y JULIETA

Siempre el amor ha sido tema preferente de poetas y pintores en todos los siglos. Los héroes de la hermosa tragedia de Shakespeare, Julieta y Romeo, han inspirado infinidad de bellísimos cuadros y, entre ellos, el que hoy ofrecemos á nuestros lectores, debido al pincel de Becker.



Representa una de las escenas más interesantes del drama conmovedor de los amantes de Verona y está con tal arte y maestría ejecutada y expresados los sentimientos de las figuras con tal verdad y delicadeza, que hacen del cuadro una verdadera joya del arte romántico.

Cuadro de BECKER.

OPTIMISTAS Y PESIMISTAS

· Todos los extremos son viciosos y muchos que no son extremos también.

También son viciosos, quiero decir.

Pero con los extremos, con los vicios y con las personas sucede, que unos son simpáticos y otros antipáticos.

Hay gente que todo lo encuentra mal, que no augura más que desdichas, que vive en tempestad perpetua, echando rayos y centellas contra lo existente, lo que ha existido y lo que existirá por los siglos de los siglos.

—¿De dónde viene usted, don Pancracio?—se pregunta á uno de tales.

—De la retreta,—contesta él dando un rugido y en el mismo tono que si dijera:

—De los mismísimos infiernos.

—¿Y qué tal?

—¡Un buñuelo!... ¡Calle usted hombre! ¿A quién se le ocurre salir con faroles y hachas de viento?

—¿Pues cómo quería usted que fuera la tropa?

—Con lámparas incandescentes y de arco voltaico... ¡Pero faroles y hachas, á fines del siglo XIX!...

—¿Y de dónde se iba á sacar la fuerza para dar luz á esas lámparas?

—¡Vaya una dificultad! Llevando en un carro una máquina de vapor y todas las bobinas y demás aparatos que fuesen necesarios... Luego, con poner en la cabeza de cada soldado un palito como los del telégrafo y unirlos á todos por un hilo metálico, en paz... Pero ahora ni tenemos autoridades, ni hay talento, ni vergüenza, nada... Repito á usted que aquello fué ignominioso... Y además ¡cuánta gente! ¡No se podía dar un paso!...

—Eso era de presumir: una diversión popular y gratuita...

—Pues si yo hubiese mandado, habría dispuesto las cosas de otro modo... ¿Había más que hacer la carrera mucho más larga, por ejemplo, desde la Barceloneta hasta Sans, de allí al Tibidabo y del Tibidabo, dando la vuelta por Sanmartín de Provensals, hasta el Parque? Así la gente se hubiera distribuído y sino, se daba un bando disponiendo que entre persona y persona, aunque fuesen de la misma familia, debía mediar la distancia mínima de cinco metros; y sino obedecía, con cinco ó seis buenas cargas de caballería...

—Sí, ó un cajón de dinamita ó soltando un centenar de Miuras, ó disponiendo de real orden una erupción volcánica...

—¡Ah! ¿También sabe usted eso?

—¿Qué?

—Lo de los volcanes?

—¿Qué volcanes.

—¿Pero de dónde sale usted que ignora esas cosas?... Lo de Cuba se va á concluir dentro de cuatro ó cinco semanas...

—¡Gracias á Dios que le oigo á usted decir algo agradable!...

—¿Agradable, he?... Digo que lo de Cuba se va á concluir pronto, porque la isla no tardará en desaparecer...

—¡Caracoles!

—En el Camagüey han aparecido cinco volcanes que están echando fuego por la boca noche y día; ya se han tragado tres mil bohíos y á toda la partida de Quintín Banderas... La isla va resquebrajándose por todas partes y no tardará en quedar reducida á polvo... ¡Ahí tiene usted las consecuencias de haber enviado á Weyler!...

En cambio hay tipos que todo lo encuentran superabundantemente bien y que creen que vivimos en el mejor de los mundos posibles.

Si echan sangre por las narices, lo atribuyen á que están muy robustos aunque la causa sea que su suegra les ha pegado con la mano del mortero.

Si al salir del teatro les coge un chaparrón que los cala hasta los huesos, sonríen plácidamente, pensando en que aquel agua hará la felicidad de los labradores.

Si no llueve dejan de pensar en los campos y ensalzan la comodidad de la sequía en las ciudades, donde se riega cuando hace falta y á las horas convenientes.

Poco después de haber encontrado á don Pancracio, me tropecé con uno de los individuos del gremio de optimistas, y como la guerra de Cuba es hoy la preocupación de todos los españoles, naturalmente recayó la conversación sobre ella.

—¿Qué noticias hay?—le pregunté:

—¡Ah! ¡Cómo siempre, magníficas! Yo nunca he dudado del feliz término de la guerra, porque fijese usted bien en esto: los insurrectos no tienen más que tres ó cuatro cabecillas que valgan y ya todos son de bastante edad; en cambio nosotros afortunadamente, poseemos unos cuantos cientos de generales y muchos de ellos jóvenes; pues bien, cuando aquellos cabecillas lleguen á los setenta ó setenta y cinco años, ó se morirán ó habrán de retirarse... Además, los insurrectos, como están muy ocupados, no pueden entretenerse en tener hijos, mientras que nosotros crecemos y nos multiplicamos que es un contento... Mire usted, precisamente anteayer el barbero que me afeita ha tenido tres chicos de un sólo parto.

—¿El barbero?

—O su mujer, es lo mismo...

—No opinará ella eso; pero de todas maneras, si la guerra ha de durar hasta que los insurrectos se mueran de viejos y nos cuesta seis millones de reales cada día, según dicen...

—¡Bah! Eso es una bicoca. Somos los españoles unos dieciocho millones, de modo que nos sale á menos de perro grande al día, unos con otros...

Viendo que por aquella parte no lograría inquietarle y sabiendo que es dueño de unas salinas, le hablé del proyectado estanco de la sal.

Pero el buen hombre exclamó, frotándose las manos:

—¡Buena medida, sí, señor, muy buena!... La verdad es que me costará algunos cuartos; pero entre otras ventajas, tiene para mí, una que no es de desdeñar.

—¿Qué ventaja es esa?

—Acá para entre nosotros, sepa usted que á mí me gusta mucho una estanquera...

—Bien ¿y qué?

—Que la chica es guapa, bien formada, pero muy sosa...

—¿Y que tiene que ver?...

—¡Oh! Mucho, porque ahora se volverá salada, aunque no sea más que por el roce con los paquetes del género estancado.

Repito que todos los extremos son viciosos.

Pero ¿no es verdad que el del optimismo es mucho más simpático que el de los personajes como don Pancraccio que del sol no ven más que las manchas y dicen del mar que es una gran cantidad de agua que amarga y en la que se ahogan muchas personas?

BLAS QUITO.

SALON DE LOS CAMPOS ELISEOS, 1896



LAS HIJAS DE ATLAS.

ANTINOMIAS DEL GENIO

Sentado indolentemente,
Cierta noche de verano,
Con una pluma en la mano
Y una luz frente por frente,

Está Napoleón Primero
Sumando con mucho afán,
Puesto á un lado aquel gabán,
Y á otro lado aquel sombrero.

Suma, de intento, muy mal,
Entre espantado é iracundo,
Todas las muertes que al mundo
Costó su gloria imperial.

Y cuando ya á traslucir
Llega una cifra espantosa,
Se lanza una mariposa
Sobre la luz á morir.

Su muerte próxima al ver,
Sintió el héroe compasión;
Que al fin, aunque Napoleón,
Era un hijo de mujer;

Y con benévola calma
La separó dulcemente,
Pues los que matan la gente,
Pueden también tener alma.

El, que *carne de cañón*
Pudo á los hombres llamar,
Ve á un insecto peligrar,
Con pena en el corazón.

Ni ella cede, ni él se para,
Y con la intención más terca,
Cuanto más ella se acerca,
Tanto más él la separa.

Tal vez el Emperador
Llorara de sufrir tanto,
Si él pudiera tener llanto
Para el ajeno dolor.

¡Ay! una vida tan ruín,
¿No había de enternecer
Al que acababa de hacer
Del universo un botín?

¡Y luego la coalición
Dirá que no era perfecto
El que en salvar á un insecto
Funda un sueño de Colón!

Sigue la lucha emprendida
Entre él y ella, y de esta suerte,
Mientras busca ella la muerte,
La da Napoleón la vida.

Y así el empeño siguió
Por ambos con frenesi:
La mariposa en que sí,
Y Napoleón en que no.

La salva al fin, y «¡victoria!»
Exclama con alegría
El que hacia y deshacia
A cañonazos la historia,

¡Victoria! ¡Victoria, pues!
¡Dios inmenso! ¡Dios inmenso!
¡De esa acción suba el incienso
Hasta tus divinos pies!

Aquella alma generosa
Que vertió de sangre un mar,
Cuanto luchó por salvar
La vida á una mariposa!

¡Que alguno de tal bondad
Cuenta á la Francia la gloria,
Luego la Francia á la Historia,
Y ésta á la posteridad!

Y tú, ciega multitud,
Pobre *carne de cañón*,
Di por él: ¡Oh compasión,
Tú eres sólo la virtud!»

RAMÓN DE CAMPOAMOR



BELLEZAS FEMENINAS.

BELLAS ARTES



'TEATRO GUIGNOL, por Eugène von Blaas.

CAPERUCITA ENCARNADA

(CUENTO PARA NIÑOS)

Era una vez una aldeanita, hermosa como nadie pudo nunca imaginarla: su madre la quería tanto, que estaba loca con ella, y su abuela más que loca todavía. Habíale dado la abuela un gorrito encarnado y le sentaba tan bien que todo el mundo la conocía con el nombre de Caperucita Encarnada.

Un día, su madre después de haber cocido tortas en el horno; la llamó y la dijo:—Tu abuelita está mala; ve á visitarla y llévala esta torta y esta orcita de manteca. Caperucita Encarnada se dirigió en seguida hacia una aldea próxima donde su abuelita vivía.

Al pasar por el bosque, encontró á maese Lobo. El muy tunante se hubiera comido de muy buena gana á la niña; pero no se atrevió porque unos labradores que se hallaban cerca, podían verle. La preguntó dónde iba. La pobre niña, que ignoraba lo peligroso que es detenerse á escuchar á un lobo, respondió:—Voy á casa de mi abuelita á llevarla una torta y una orcita de manteca que la envía mi madre.

—¿Vive muy lejos?—replicó el lobo.—Sí,—dijo Caperucita Encarnada;—¿ve usted aquel molino que hay allá abajo? pues al otro lado, en la primera casa de la aldea.—Precisamente,—repuso el taimado—yo también tengo que ir allá; marchemos tú por ese camino y yo por este otro, á ver quien de los dos llega antes.

El lobo echó á correr con toda la fuerza de sus piernas por el camino más breve. La niña siguió por el más largo y se entretuvo en coger avellanas; en perseguir mariposas y en hacer ramitos de silvestres florecillas.

Pronto llegó el lobo á casa de la abuela: detúvose, y tras, tras.—¿Quién está ahí?—Soy su nieta,—respondió fingiendo la voz,—Caperucita Encarnada, que viene á traer á usted una torta y una orcita de manteca de parte de mi madre. La pobre abuela, que estaba enferma en la cama.—Alza el pestillo—le gritó—y empuja la puerta. El lobo alzó el pestillo y entró. En un momento devoró á la pobre mujer. El maldito no había comido en tres días.

Cerró luego la puerta y se acostó en la cama. Al poco rato llegó Caperucita Encarnada. y llamó.—Tras, tras.—¿Quién está ahí? Al escuchar la ronca voz del lobo, Caperucita Encarnada tuvo miedo; creyendo que su abuela estaría constipada, se repuso y contestó:—Soy yo, abuelita, Caperucita Encarnada que vengo á traerla de parte de mi madre una torta y una orcita de manteca.

El lobo gritó entonces dulcificando un poco la voz:—Alza el pestillo y empuja la puerta.

Caperucita Encarnada alzó el pestillo y la puerta se abrió. Al verla entrar el lobo se rebujó entre las sábanas, y la dijo:—Pon la torta y la orcita de manteca sobre la mesa y ven á acostarte conmigo. Caperucita Encarnada se desnudó, y se metió en la cama. Al ver lo cambiada que estaba su abuelita, le dijo:—Abuelita, ¡qué brazos tan largos tiene usted!—Son para abrazarte mejor, hija mía.—Abuelita, ¡qué piernas tan grandes tiene usted!—Son para correr con más ligereza, hija mía.—¡Qué orejas tan desmesuradas, abuelita!—Son para oír mejor.—¡Qué ojos tan grandes!—Son para ver con más claridad—¡Qué dientes tan enormes abuelita!—¡Son para comerte! Y diciendo esto el malvado lobo se arrojó sobre Caperucita Encarnada y se la comió.

Se ve por este cuento que las niñas, sobre todo las que tienen bonita la cara y gentil el talle, hacen mal en dar oídos á todo el mundo, pues su imprudencia puede costarles cara. Un lobo se comió á Caperucita. Bueno será que se tenga en cuenta que no todos los lobos son iguales. Los hay que corteses y agradables siguen y enamoran á las jóvenes en las casas y en los paseos. Estos lobos son ¡ay! los de más peligro.

PERAULT.

SONETO

Tras la florida reja fulguraba
como un astro, tu espléndida hermosura:
yo, radiante de amor y de ventura,
apoyado en los hierros te admiraba.
Tu voz en mis oídos resonaba
henchida de pasión y de ternura,
y de tus ojos de sin par negrura

en el volcán ardiente me abrasaba.
Su aguijón una abeja licenciosa
clavó en tus labios que creyó una rosa...
Diste un agudo grito penetrante
con cariño mostrándome la herida...
¡Por haber sido abeja en tal instante
hubiese dado con placer la vida!

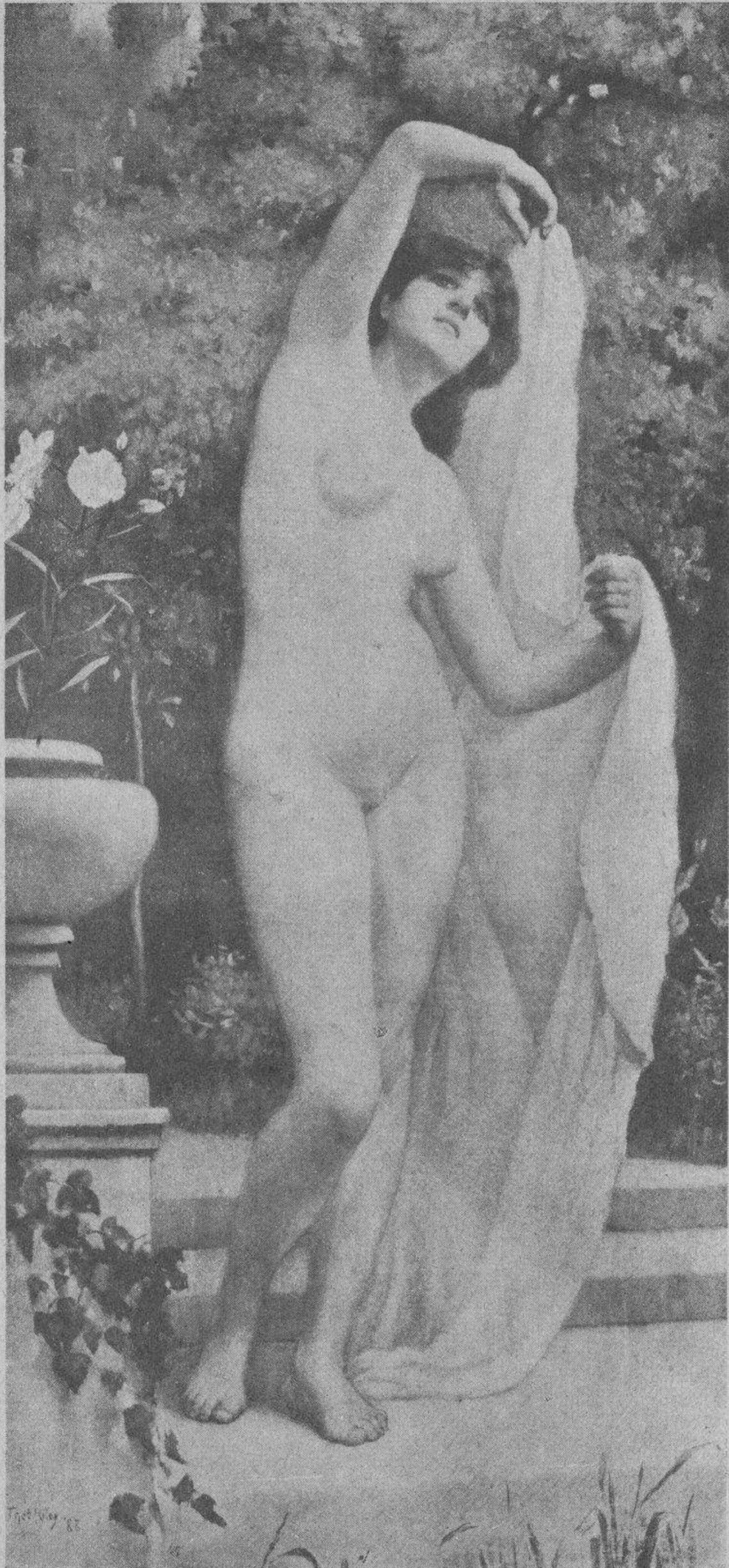
FRANCISCO VILLASPESA MARTÍN.

BELLAS ARTES



EN EL FONDO DEL MAR, por Riley.

BELLAS ARTES



DESPUÉS DEL BAÑO, por Riley.

BELLAS ARTES



EL AMOR DESARMADO, por Riley.

SALON DE PARIS



SORPRENDIDA, por Aublet.

SALON DE PARIS



EL TOCADO, por A. Begath.

Á UNOS LABIOS

Un beso me diste, Inés,
y aunque fué no más un beso,
aquel beso con exceso
tuve que pagar después.

De modo que si meditas
lo que siempre haciendo vas,
no debes decir que das,
di mejor, Inés que quitas.

Dádiva que otra gradúa,
para pedir con lisonja,
es, cual bizcocho de monja,
más que dádiva, ganzúa.

Y ya no me maravillo,
pues voy creyendo que son
tus lábios tirabuzón,
que sacan tras sí el bolsillo.



EL PAÍS DE LAS ROSAS, por Ch. Landelle.

Aunque es verdad como el puño,
á lo menos para ti,
que son más bien Potosí,
que manan oro de cuño.

Como á pedir te desmandes,
pasma en tus labios risueños
cómo, siendo tan pequeños,
son en el pedir tan grandes.

Y viéndoles tan alerta,
cualquiera que son, diría,
cepillo de cofradía,
siempre con la boca abierta.

Mas que no lo son arguyo,
pues aquel, del bien en pos,
pide por amor de Dios,
y tú por el amor tuyo.

Tú, si una dádiva sueltas,
es como quien la alcabala
paga con moneda mala,
para llevarse las vueltas.

Y por tanto, en conclusión,
Inés, sólo te diré
que pidas que no te dé
y daré en la petición.

JULIO MONREAL

PERFILES

y Bonares



Casi á diario se lamenta la prensa, con sobrada razón, de los atropellos que comete la policía en el uso de sus funciones.

Verdaderamente hay necesidad de poner coto á sus desmanes y yo uno mi voz al clamor general para que esta situación anómala acabe.

Dice un antiguo refrán que lo cortés no quita á lo valiente, pero esto no reza con los del orden.

Yo no sé que trabajo les costaría, por ejemplo, al ir á prender á un ladrón, llegarse á él con buenos modos y semblante risueño y descubriéndose respetuosamente, decirle:

—Caballero ¿me hace usted el favor de permitirme que lo lleve á usted á la cárcel?

El ladrón no había de ser tan desatento ni tan grosero que se negase á tan amable y correcta invitación.

Pues no, señor; los polizontes lo entienden al revés, y cuando pillan al más honrado granuja en un renuncio ¡zás! le echan la garra sin otra consideración, le amarran si se resiste y lo enchiqueran sin más ceremonias.

¡Esto clama al cielo!

Que hay un motín; que el pueblo lanza gritos subversivos ó contraviene á las leyes de orden público, pues para disolver la manifestación tiran del sable y ¡chiz! ¡chaz! sablazo á éste empujón á aquél hasta que ponen paz.

Yo comprendo que velen por el orden y que disuelvan los motines, que esta es su obligación y para eso les paga el gobierno; pero, señor ¿no hay otros medios?

¿No podrían, por ejemplo, llevar unas cestitas llenas de confites para tirarlos á los amotinados y decirles con buenos modos:

«¡A casita, andar á casita!»

Luego nos quieren hacer creer que tenemos un gobierno liberal, y nos hablan de las conquistas del derecho moderno.

Pura palabrería.

No hay derecho que no sea restringido, desnaturalizado, burlado por los representantes de la ley.

¿Quieren ustedes derecho más sagrado que el libre ejercicio del comercio y de la industria?

Pues también lo atropellan los funcionarios públicos de este desdichado gobierno.

Figuraos un honrado industrial que se gana santamente el pan de su familia fabricando vino de agallas, anilina superior, agua del pozo y su correspondiente cantidad de amílico; pues crean ustedes que no puede vivir en paz, y cada día le visitan los fiscales y le piden muestras y le sellan frascos y le perjudican grandemente en su crédito y en su negocio



No hace muchos días tuvieron que reunirse varios tenderos de Barcelona para pedir á quien corresponda que les libre de las visitas importunas y molestas de los fiscales.

Y lo conseguirán ¡vaya si lo conseguirán!

Como que es muy justo y razonable lo que piden.

Nada, que cada día va apestando más lo que huele á justicia y nos revelamos contra todo lo que no sea libertad.

La libertad de hacer cada uno lo que le dé la gana, que es la *chipén*.

Algunos periódicos bien hacen esfuerzos por moralizar, por divulgar los ejemplos de honradez, por popularizar y hasta inmortalizar á las pobres víctimas de la justicia; pero como si no.

Hay periódico que no desperdicia la ocasión de un reo de muerte, pongo por víctima de la falta de libertad, para publicar su retrato y biografía y los más interesantes detalles de lo que piensa y dice.

Y suele leerse al pie de la interesante efigie:

«¡Retrato del desgraciado Fulano!»

¡Pobrecito!

—¿Y por qué lo matan, pregunta alguno?

—Por nada, porque un día tuvo una mala hora y asesinó á siete, entre ellos dos mujeres y un niño de pechos. Pero por lo demás crea usted que era muy buena persona y le hacía un favor á cualquiera.

—Efectivamente, si que ha sido muy desgraciado.

Nada, repito que estamos mal, muy mal y que no sé dónde vamos á parar.

Pero como la cosa no tiene remedio, ó por lo menos no soy yo quien lo ha de poner, me voy á la cama, que es tarde, y el que tenga sarna que se rasque.

Buenas noches, queridos lectores, y hasta la semana que viene, si el diablo quiere, que parece ser hoy por hoy el dios que rije los destinos del mundo.

VICENTE SUÁREZ CASAÑ



Dibujos de XAURADÓ.



PASCAL Y VOLTAIRE

Cuando Pascal con sonda poderosa
al corazón del hombre descendía,
con su pulida cháchara graciosa,
Voltaire, el gran filósofo, reía,

Y Pascal, inclinándose á este abismo
para sí murmuraba: ¡Oh Dios! ¡qué veo!
Amasijo de astucia y de cinismo,
la rebelión eterna del deseo.

Luchando con las sombras del misterio
el coloso en las dudas sollozaba,
aunque en este implacable cautiverio
del Tempo de su Dios no se apartaba.

Y así murió tras el pesar amargo,
como en terrible confusión perdido,
mas pronto al despertar de ese letargo
vióse de luz y claridad henchido.

Y la eterna verdad, cual clara lumbre,
que fuerza á renacer á la alegría,
miraba sin mundana pesadumbre
mientras Voltaire burlando sonreía.

Pero mucho después, la airada muerte
sin respeto á la ciencia ni á la gloria
llamaba al corazón del hombre-fuerte,
como á una extemporal convocatoria.

Tiembla Voltaire, sin que eximirse pueda
muriendo igual á quien su siglo asombra;
su espíritu en la tumba ciego queda,
sujeto horriblemente por la sombra.

Y era cuando Pascal purificado
se alegraba en la luz siglos hacia,
mientras de impuras nieblas rodeado
Voltaire como en su tiempo no reía.

JOSÉ MATHEN AYBAR

VIVIR, ES SER LIBRE

Preciosa es la jaula
Del pájaro bello
Que, un nido robando,
Del valle os trajeron.
Mas ved que aunque brillan
Cual oro sus hierros
Prisión es al cabo
De un sér indefenso.
Igual su lenguaje,
Ya en gozo, ya en duelo,
Feliz el cautivo

Podrá pareceros.
Pues tiene, señora,
Mirad que no sueño,
El canto en el pico,
La pena en el pecho.

Cuando el os halaga
Con suaves gorjeos
¿Sabéis lo que dice?
¿Pensasteis en ello?
¿Sabéis si le punzan

Amargos recuerdos
Del campo que amaba,
Y el nido paterno?
¿Pensasteis que alegre
La voz lanza al viento,
Y á un tiempo bendice
Tirano y encierro?
Pues tiene, señora,
Mirad que no sueño,
El canto en el pico,
La pena en el pecho.



LA ROSA ENCARNADA, por Ch. Sandelle.

A vos, que de gracias
Y nobles afectos
Dotó generosa
La mano del cielo,
¿Cruel no se os hace,
Por vano recreo,
De un ave inocente
La tumba ir abriendo?
¿Con tiernas caricias
Juzgasteis, al menos,
Que dulce le haciais

El pan del destierro?
Pues tiene, señora,
Mirad que no sueño,
El canto en el pico,
La pena en el pecho,

Yo sé que sois buena,
Y amada por eso;
Mostradnos que siempre
Sois digna de serlo.
Soltad al esclavo;

Los rústicos ecos
Le esperan del valle
Y el monte severo.
Ser libre es su esencia;
Privado del vuelo,
Su vida no es vida,
Su vida es tormento.
Y hoy tiene, señora,
Mirad que no sueño,
El canto en el pico,
La pena en el pecho.

VENTURA RUIZ AGUILERA

